

Teresita Mortandad
Una novela ridícula

Colección autores noveles

Directores:

Feliciano Novoa y Pilar Ramos

Luis Salaberría

Teresita Mortandad
Una novela ridícula



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



Teresita Mortandad. Una novela ridícula

Primera edición: abril de 2025

©Luis Salaberría, 2025

© Cubierta: Mihály Munkácsy. Szépművészeti Múzeum

Edición © La Umbría y la Solana, 2025

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Diseño: Raúl Areces

ISBN: 978-84-128411-4-5

Depósito legal: M-7076-2025

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente Prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

El futuro. <i>Damián</i>	11
El encuentro. <i>Damián</i>	17
La inspiración. <i>Teresita</i>	83
El súcubo. <i>Ana Luisa</i>	107
El informe	115
El premio	121
El escritor. <i>Abelardo</i>	127
La sesión. <i>Leoncia</i>	147
El simposio. <i>Damián, décadas después</i>	163
El pasado. <i>Doctor Jiménez</i>	173

*Dije que una señora era absoluta,
y siendo más honesta que Lucrecia,
por dar fin el cuarteto la hice puta.*
Francisco de Quevedo

Soy sádica a causa de mi temor.
Louise Bourgeois

*Miré, y he aquí un caballo amarillo,
y el que lo montaba tenía por nombre Muerte,
y el Hades le seguía; y le fue dada potestad
sobre la cuarta parte de la tierra, para matar
con espada, con hambre, con mortandad,
y con las fieras de la tierra.*
Apocalipsis 6: 7-8

El futuro *Damián*

Apareces ahora, después de tanto tiempo. Vienes desde un pasado blando y viscoso para interrumpir mi sueño y darme una noticia. Tendido, bajo la oscuridad de la noche, siento tu presencia. Me incomodas pero no te tengo miedo. Cuidado, desconfía de mí. Soy un animal herido.

De repente, amanecerá. El dormitorio se inundará de una luz artificial, excesiva y blanca. Desde la cama veré los parterres de euforias aplastados por la nieve, oiré los alegres ladridos del perro biónico y las risas de los androides en el cuarto de juegos. Lo habré conseguido. Seré rico. Seré feliz.

Tras una reparadora ducha, desayunaré en nuestra cocina estilo *High-Tech* unos churros con chocolate en compañía de Tian, mi amada segunda esposa, la china cristalina como un arroyo de montaña. Sonará el celular. Desde algún lugar, al otro lado de la ciudad, mi asistente personal se disculpará por molestar. Se trata de un asunto feo, dirá con la voz ronca de quien ha pasado la noche fumando, bebiendo, tal vez riendo sin parar. Lo siento. Lo siento mucho, repetirá dos, tres veces. Lo siento mucho, señor Cerezo. Me anunciará tu muerte. Te suicidaste hace tres días. Encontraron tu cuerpo ayer, bajo el agua, en una bañera, en el cuarto de baño de la habitación de un hotel llamado Zenit.

Gritaré tu nombre: ¡Teresita! Lanzaré el teléfono transportable contra una estantería italiana *Bel Design* con tan

buen tino que golpeará un cuenco de porcelana de la dinastía Qing, que se hará pedazos al caer y chocar con el suelo de piedra caliza formada por los caparazones y esqueletos de criaturas marinas muertas en el Ordovícico, hace cuatrocientos millones de años. De ti, Teresita, no quedará ni un diente de leche envuelto en un retalito de seda ni un mechón de cabello dentro de un relicario ni unas uñas cortadas guardadas en un pastillero.

Me enamoré de ti nada más verte; la gasolina, los petardos, los fuegos artificiales, todo lo inflamable que guardaba en el bolsillo de mi corazón estalló una noche, en una vieja casa, en un pueblo que ya no existe. Aquella noche vivimos peripecias inexplicables que nos unieron al uno con el otro. Para bien o para mal. Se mezcló la materia con la conciencia, lo de arriba con lo de abajo, lo oscuro con lo luminoso, *solve et coagula*. Caí seducido.

Durante el tiempo que vivimos juntos te seguí sin descanso, como un perro de caza persigue a su presa. Te amé y deseé con desesperación mientras me herías con tu indiferencia. Me humillaste y ninguneaste, aunque exijías mi presencia cuando sufrías. Si yo te necesitaba, tu desaparecías. Jugabas a darme esperanzas, que me quitabas luego, y a provocarme celos al coquetear y engañarme con unas y con otros. Aprendí a encajar tus golpes y sobrevivir echándote de menos.

Tian, hialina y diáfana como un cartílago, fría como un campo escarchado bajo la luz de la luna llena, al ver rota la carísima antigüedad, despotricará en mandarín. Distinguiré tu nombre, ¡Teresita!, entre el violento galimatías salido de su boca.

Al día siguiente volaré hasta la ciudad a orillas del mar donde habrás elegido morir. Allí ya será primavera. En el vestíbulo del tanatorio conoceré al responsable de la orga-

nización donde intentaban reanimarte tras años de adicciones y tristeza. Integración y sociedad serán vocablos muy presentes en la conversación. Me explicará cómo y dónde ocurrió tu muerte. El porqué no lo sabrá. Me comunicará que soy una de las dos personas a las que debía informar de tu deceso. La otra será avisada, pero no aparecerá. Me entregará una maleta con tus pertenencias: ocho cuadernos garabateados, decenas de polaroids, cintas de casete y una carta a mi nombre. En ella pedirás que te recuerde con alegría, sin rencor ni compasión, y que arroje tus cenizas al mar, en esa playa, ya sabes, esa donde caen aguas fecales en cascada y crece un algarrobo entre doradas cañas y alegres chumberas.

Discretamente entregaré un fajo de billetes al representante de la entidad no gubernamental sin ánimo de lucro donde te ampararon durante estos últimos meses. Unas gaviotas volarán en círculos sobre mí. Graznarán irritadas. Conoceré a tus compañeras del piso de acogida, mujeres de ojos amarillos y rostros afilados y tristes. Me sentiré afligido, pero reuniré fuerzas y seré yo quien las reconforte y anime. Les contaré lo mucho que te quise, loaré el estar vivo y elogiaré el aroma a azahar llegado con la templada brisa. Ellas me rodearán emitiendo un silencio estridente y las oiré decir: ¡Sácanos de aquí, queremos emborracharnos, necesitamos drogas, tú la mataste, eres un pingafloja y un feminicida y te vamos a matar, cabrón!

El relaciones públicas de la funeraria interrumpirá la transmisión telepática y advertirá que no tenemos derecho a un lugar donde velarte, pero podremos acceder a un salón de actos donde llorar diez minutos. Allí, una de tus convivientes, una joven con pintas de anciana o una vieja con el aspecto de una muchacha cansada, subirá al estrado con un radiocasete. Sonará, como homenaje, “La vie en rose”, por-